

Gabriela

I

Es de noche y estoy acostado esperando el sueño. Sólo no me desuelo porque sé que si no estuviera solo, creo que sería improbable que compartiera con alguien lo que, paradójicamente, es lo que me obliga –a pesar de que mi raciocinio sabe que es absurdo– a mantenerme solo. Por otro lado, no obstante, mi raciocinio me dice que lo que me estoy imaginando ahora sería genérico a lo que vería –si o cuando– no esté solo. En cualquier caso estaría más fascinado que frente a un cielo estrellado, al estar siendo visto por la que sería mi esposa. Puedo sentir la callada emoción que me suscitaría toda su presencia de lado, frente a mí. Sería mi luna, pero mejor que la de verdad porque a ella se le podría besar y abrazar. La luna es hermosa, desde luego, pero está lejos. Ella en cambio, estaría frente a mí. Ahora que no la tengo, sin embargo, es idéntica a la luna: lejos, mas siempre presente. Si me afano en esperarla es porque nuestro amor sería como la luna, simplemente existente. Pero quien inició todo este desmadre existencial fue Gabriela.

Me encantó cómo nos conocimos. Me retiraba yo de la facultad cuando la vi dirigiéndose a la parada del autobús. Llevaba una ligera blusa blanca y pantalones negros, ambos ajustados a su cuerpo, revelando la esbeltez de su figura. Mi intención, al acercarme a ella era como siempre, conseguir acostarme con ella. Cuando me miró, se sobresaltó un poco, pero luego fijó su mirada en la mía. Sonreí de manera casi involuntaria al descubrirme en una sensación de tranquilidad inesperada, cuando fijé la mía en la suya, y advertí que no dejábamos de mirarnos, ambos aparentemente encantados. Vi que el camión ya estaba en la estación anterior a la suya, e iba a pedirle su número o algo para tener algún contacto con ella, cuando ella misma me dio su correo electrónico para agregarla al Messenger. Nos despedimos con un abrazo, que salió por voluntad suya, y en el que la ligereza de su figura sobre el mío, me dejó una agradable sensación etérea en todo mi estado de ánimo. Regresé a mi departamento encantado de lo que acababa de suceder y con muchas ganas de chatear con ella. Se conectó por la noche y la plática se hubiese extendido hasta la madrugada si no hubiéramos tenido que levantarnos ambos temprano para ir a la facultad. Quedamos de vernos en el Prometeo antes de clase.

En la mañana me gustó mucho su atuendo. Se trataba de un vestido de tópicos de marinero, es decir, la falda azul marina, la parte superior de rayas blancas y

azules marinas y un saco de éste color también, con botones adornados con pequeñas anclas. Platicamos un momento e intercambiamos números de celulares para ponernos de acuerdo dónde podríamos vernos después de una clase que yo tenía por la tarde. Apenas salí le llamé. Estaba en el Palacio de Bellas Artes, y me dijo que la acompañara. Estuve muy emocionado durante el viaje en el metro, el cual, por lo mismo, se me hizo larguísimo. Cuando llegué la encontré platicando con un tipo, sentados, cerca del Palacio. Me lo presentó pero luego se despidió de él y se fue. Frente a frente de nuevo, nos miramos nerviosos. Decidimos caminar un rato. Como suele suceder en las primeras citas, las horas pasaron volando. De pronto ya era de noche. Durante el rato que estuvimos juntos había mucha tensión tierna y sentimental. Al final, sentados frente al Santa Clara guardamos un breve silencio, y luego, despacio, nos acercamos a besarnos. La abracé un poco y luego nos quedamos así, sin decir nada. De regreso al metro comentamos si lo que había pasado significaba que íbamos a “ser algo”. Quería verla al día siguiente, pero como trabajaba los fines de semana, la vi hasta el lunes.

Tomé un café, y ella un capuchino, cerca de la Universidad y luego pasamos la tarde en un parquecito por los condominios de donde vivía. En la noche, tenía ella que ir al baño y entonces subimos al departamento. No me hubiera atrevido a preguntarle si quería subir, con tan solo unos días de conocidos, pero cuando salió pasamos a mi cuarto “para que lo conociera”. Le mostré un rato mis cosas y luego nos besamos. Nos dejamos caer en la cama y nos seguimos besando. No quise meterle mano debajo de su ropa –por lo mismo de que sentía que no quería darle la impresión que sólo quería acostarme con ella– aunque sí acaricié todo su cuerpo encima de su blusa delgada y

short. Era apantallante sentir cómo su delgadez era, en realidad, pesada en algún sentido distinto. Luego, acostados, me puso sus canciones favoritas en su celular y me fue diciendo el nombre de sus respectivos artistas. Finalmente decidimos ser novios.

Al día siguiente me esperaba afuera del salón después de mi clase. Se veía altamente sensual en el atuendo de ese día: una blusa azul marina de manga larga, un short corto y sus botas beige. Me abrazó y yo la besé. La suave esbeltez de su cuerpo junto al mío me atraía de un modo que no podía precisar, y aunque busqué tratar de entenderla, sus ojos brillantes y sonrisa me llenaron de su emoción de mí y nos dirigimos a la cafetería.

Un día dijo ella que teníamos “química” en abrazarnos. Y parecía ser cierto, sólo pasarle el brazo por los hombros me daba una sensación de la gran facilidad de todo. Luego nos besábamos y era otra química. Recuerdo que cuando salíamos mi parte favorita era el viaje en el metro. Como hay mucho ruido, no es lugar para platicar, por lo que generalmente nos besábamos. Sólo que lo hacía con tanto cariño que aunque siempre se intensificaba, nunca llegaba a tomar una forma lasciva, sino de un deseo profundamente amoroso que jamás había experimentado antes. Luego me preguntaba si la quería y yo le contestaba sí, sintiéndolo de verdad. “¿Hasta viejitos?”, asentía yo con la cabeza. Me tomaba de la mano y salíamos a la ciudad. Pensaba que jamás me habían preguntado algo así y que quizás por ahí empezaba lo que sería una relación duradera, algo que jamás había tenido antes, porque la verdad era que no había durado más de cuatro meses en una relación. El carácter de estos *hechos* nuevos para mí era asombroso. Yo tan acostumbrado a entender al mundo con base en sus fenómenos, ¿qué más iba a ser más que la realidad del

amor?

Sin embargo, al mes, inesperadamente, me cortó. Su razón fue la siguiente: temía quedarse sola como su madre y se forzaba a pensar en un auténtico futuro conmigo. Sí le gustaba, y pensó que se enamoraría de mí, pero que al final se dio cuenta que, en realidad, su temor era ridículo, que eventualmente conocería a alguien que amaría de verdad, y yo no era esa persona. Esto hubiera sido terrible para mis sentimientos si no habría sido por el modo en que yo entiendo el mundo: sólo un conglomerado de fenómenos. Pero esto implica que su engaño fue para mi mente física, una muy convincente teoría de lo que se puede pensar en lo que el amor es en realidad. Traigo a la mente aquellas ocasiones en el metro en que, por estar tan lleno de gente nos empujaban hacia nosotros. Risueños y mirándonos nos entregábamos a la particular posición en que la muchedumbre nos unía. Luego no había más que su cuerpo sobre el mío y sus ojos. De “forzar” quererme, tomaba mi rostro como lo hacía y me besaba con sumo cariño. Sé que ella no lo hacía de verdad, pero seguramente ese mismo *hecho* como forma, será realizado por una mujer que en realidad me ame. Definitivamente sé que yo tomaría su rostro tan querido por mí, y la besaría con todo el ser de mi amor por ella.

II

Después de Gabriela me di cuenta que sin la religión no se me hubiera ocurrido a mí sólo pensar en sentir el amor por alguien de magnitudes teológicas. Lo que puede ser “Grande” es el amor por sí mismo. Cuando pienso en la mujer de mi vida, que aún no he conocido y por lo mismo ahora anda quién sabe dónde, siento lo que me parece que los creyentes experimentan cuando dicen “Dios te ama”. La forma cognitiva es similar, si no es que idénti-

ca. Alguien hay ya por allá que me ama. Nunca me pondré convencionalmente triste de estar solo porque, como la mayoría de las parejas que conozco, hubo un momento donde no estaban juntos pero ya predestinados el uno para el otro. Sin embargo para mí el “destino” no es tan importante como la “realización plena” de a lo que estaban “destinados”. Es entonces cuando me pongo a pensar cómo sería estar con mi futura esposa en que nuestra relación se asemeje más al amor, en sí mismo, que a lo que escucho a cerca de lo difícil que es, en realidad, hacer que un matrimonio funcione. Para mí, esto último no tiene sentido alguno. Se me podría argumentar que nunca he estado en una relación larga y que no sé de lo que hablo, pero el punto es que mi interés por el amor en tanto fenómeno, hace, de entrada, que no me importe por mi mitad que entraría en conflicto con la otra en la adecuación funcional de una relación de pareja. Todo lo contrario, me comportaría del modo que mejor cree la realidad del amor, en el sentido que cada beso, abrazo, o mínimo contacto sería como una ecuación de las que a veces tengo escritas en la pizarra de mi cubículo; es decir, refiriéndose a la realidad sola de nuestro amor. Tengo curiosidad científica de saber qué pasará estando con ella, pero mientras tanto le doy gracias a “Dios” porque la religión permite que tenga una forma real de esperarla sin idealizaciones vanas.

III

Nunca había tenido la experiencia genérica de lo que se interpretaría y llamaría un “alma”, hasta ese momento, en que percibía la mirada de Gabriela como un telescopio abstracto apuntando hacia una parte recóndita de mí. Esto es, desde luego, una mera metáfora, pero se refiere a una vivencia real que tuve... y la que ahora más prefiero. Lo que quiero dar a en-

tender es que, para mí, las palabras –particularmente las religiosas y las literarias– se refieren a las sensaciones y percepciones mentales que las suscitan, es decir, hasta el momento en que se profieren sólo son la forma de su hecho auto-sentido y auto-percibido. Y a lo que se refieren ulteriormente estas palabras no tienen más existencia que la realidad del comportamiento de la persona que aquellas mismas procrean. Es imposible darnos cuenta de la existencia meramente perceptual y sensible previas de nuestras palabras por el inescapable peso que crean en nuestra mente la “creencia” ulterior a ellas. Luego nos hace comportarnos más acorde con lo dicho, dándole así existencia definitiva a lo *creído* en el mundo, es decir, con base en nuestras acciones. Las percepciones y emociones que tuve frente a Gabriela en el metro fue lo demasiado fuerte y lógicamente nocional para que pueda “creerlo” y “explicarlo” como “la realización de mi alma”. Nunca me había sentido tan entero sin esfuerzo alguno, sino sólo dejándome ver por esos ojos y ese rostro tan suave y amoroso. Quisiera poder suscitarle esto a alguien y que, por ejemplo, este hecho físico (de nadie realmente, al entenderlo yo más relacionado a un día lluvioso o asoleado) sea lo que llamaríamos *nuestro* amor. Y así, vivido desde un sentido ya no meramente interpersonal, sería como empaparnos o quemarnos de su suceder. Pero mientras tanto, me estoy dejando entregar a la creencia, que aquella autopercepción que tuve frente a Gabriela, es mi “alma”. Incluso se siente como si ya lo tuviera todo y nada más me faltase. Si esto es lo que los curas sienten, me parece totalmente lógico que vivan fuera del ámbito cotidiano. Si yo creyera que esto me lo diera Dios, no pensaría dos veces en entrar a un convento, para sólo concentrarme en ello. Desafortunadamente estoy consciente que lo que siento es algo rela-

tivo al plano religioso, es decir: es lógico que un padre viva todo el tiempo pensando y disfrutando de Dios, pero quizás no se pueda entender que uno sea capaz de hacer lo mismo por una mujer; porque incluso, aquello se parecería más al hecho interpersonal de que tu pareja te “sofoque” o se pase de “cursi”. Sin embargo, si ella me percibiese del mismo modo, y lo supiéramos, ambos seríamos una especie de físicos de nuestro propio universo de amor, en el que pudiéramos entender nuestras acciones como una serie de ecuaciones que pudiéramos vivir, en carne propia. Eso ya no sé qué sería. Una obsesión anormal, quizás. Y sin embargo, ¿qué más anormal que encerrarte en un convento, estando con algo que no existe? Es decir, no puedo negar el comportamiento humano que suscita “Dios”, pero si voy a teologizar a una mujer, prefiero diluirlo dentro de la vida cotidiana, en esa normalidad que, de todos modos, vive el creyente que no es sacerdote: su realidad diaria. Pero, ¿será posible esto, es decir, un matrimonio donde nos amemos como lo que lleva al creyente a la iglesia, y sin embargo tenernos también como cotidianamente esos mismos viven tan fácilmente cuando no están en misa? “Dios es grande” cuando la gente no está de lleno en su vida cotidiana. Pero algo me dice que la mía de plano se empequeñecerá considerablemente cuando conozca a la mujer de mi amor, como si fuese solamente devoto de ella. No debo pensarlo así, no es “normal”. Mejor, en vez de “Dios es amor”, pensar, “Amor es Dios.” En el sentido que –y esto se puede comprobar fácilmente– uno puede ser creyente y todo lo que quiera, pero si no tiene pareja, no podrá evitarse sentirse muy solo. Este tipo de soledad ni Dios la alivia. Entonces, ¿por qué no darle aún más valor a lo que verdaderamente nos manda?

IV

Pero unos cuantos años después de titularme me reencontré con Gabriela del modo más cliché posible. Chocamos dando una vuelta en Plaza Universidad. Se veía tan bonita que no pude evitar sonreírle y saludarla como la primera vez que nos vimos. Logré convencerla de que tomáramos un café. Nos sorprendió sentirnos como nuestra primera cita. En el metro, una estación antes de su bajada, la besé. Cada quien se derritió en los labios de cada uno, a tal grado que al final Gabriela admitió que seguía intacta nuestra “química”. Le pedí que fuéramos a mi departamento, y aceptó.

Tan sólo tener el brazo alrededor de su cintura y sentir su cuerpo hundido en el lado del mío es una experiencia inigualable. Entre broma y en serio le reclamé que me haya cortado, si nos iba tan bien. Pensé que si bien ella me había engañado a sentirme en el fenómeno del amor, esta vez sería de verdad.

Nos desvestimos yendo a mi cuarto. Encontré rápido un condón y me lo ponía mientras Gabriela se recargó sobre la pared y me dijo, risueñamente excitada, que me apurara. Nos besamos un momento, luego se volteó y se puso de puntillas. Estaba a punto de entrar en ella cuando me cogió la mano, la cual sentí, de pronto, con sumo cariño, arrobándome entero. Sentí algo extrañamente bello dentro de mí, o abstractamente tierno, algo que me hizo pensar en una profunda complicidad con Gabriela en un espacio emocional mío que no podía asimilar mentalmente porque parecía ser de ella también, sin distinción alguna. La abracé por enfrente de su vientre y hundí mi rostro en su cabello, algo confundido de lo que me acababa de pasar.

— ¿Estás bien corazón?—preguntó.

—Sí, o no sé—me reí. Ella también—Te quiero.

Se dejó caer en la cama. Se tapó con las sábanas y se apretó a ellas.

—Yo también. Vente ¿sí?

Había disminuido mi erección, pero por mi pecho reverberaba una emoción *sumamente* agradable, un deleite que era pura degustación de sí misma. Me metí debajo de las sábanas y recibí toda la tibieza y forma de su figura.

—Te sientes tan bien—le dije.

—Tú más—contestó.

Platicamos sobre lo que habíamos hecho hasta entonces y luego sobre lo que fue surgiendo. Se hizo de noche. Sabíamos que tenía que irse pronto para no llegar tan tarde a su casa. Sin embargo, le inventó algo a su madre y se quedó. Lo hicimos varias veces, hasta cansarnos. Me encantaba escuchar sus gemidos de placer y sentir sus caricias, en mi abdomen, brazos y rostro. La mañana siguiente “me nació”, mientras dormía, hacerle un omelete con jugo de naranja. La sorprendí cuando se despertó y hasta dijo “¡me caso!”

VI

Regresar con Gabriela constató el temor que tenía sobre cómo la naturaleza de nuestros besos y acostadas habían, de algún modo, “arruinado” mi vida sexual. Antes de que me cortara, su mentira amorosa me había sumido en un comportamiento verdadero de que nuestra vida sexual tenía ya ese “algo más” —lo cual era un auto-sentimiento de placer concreto, que sólo ella me podía dar. El sexo era intenso, duro, pero lleno de entrega y cariño. Cada vez que lo hacíamos sentía que me iba acostumbrando a nuestra forma intercorporal e interpersonal de placer y pasión, a tal grado que cuando dejamos de vernos, esa forma sexual era lo único que quería recuperar. Ya no se trataba, como se suele decir, que buscaba “algo más” que el sexo, sino que de entrada, con mis siguientes

amantes, ejercía de lleno el comportamiento del “algo más” que conocí con Gabriela. Por ejemplo, recordar que la sola belleza de la desnudez de Gabriela era una emoción sin límites, me hacía emocionarme de ya ver a una muchacha nueva desnuda y entrar en su belleza. El problema era que faltaba esa sensual certeza en mi mente de que parecía que no estuviera teniendo sexo con Gabriela, sino que todo era una perfección placentera sin esfuerzo, al tenernos totalmente; mientras que con las demás no era hasta cuando ya estábamos bastante sudados, es decir, dentro de un lapso avanzado de total sexo, que tales sensaciones de facilidad y placeres únicos hacían su aparición. Lo malo era que sabía que no estaba enamorándome de ninguna, porque no me brindaban esa realidad alcanzada de autosuficiencia sentimental que la sola imagen de Gabriela —pensar en ella un momento, por ejemplo— me daba. Afortunadamente regresé con ella, y ya no era que estaba feliz, sino que diría que más extático, o simplemente en una constante ataraxia sumamente agradable.

VII

Una noche, en mi cuarto, no nos dimos cuenta que no teníamos condones. Lo que hicimos sin embargo, como no queríamos ir a la farmacia y romper con nuestro deseo, fue revolcarnos besándonos, apretándonos y masturbándonos de costado a costado de la cama. Sin embargo, el deseo sólo escaló más, y de tan inaguantable que fue el hecho de querernos dentro, coincidimos en que la penetrara por atrás. Al principio le dolió pero poco después la experiencia fue increíble. Al final me pidió que me viniera dentro de ella, y luego caí rendido a su lado, donde la sentía con una hermosura indescriptible.

—¡Roberto!—clamó, riéndose. Me cogiste

por detrás. Y no sólo eso, esto fue un “anal-creampie”.

La miré a ver, riéndome de esa categoría de tipo de videos pornográficos que uno encontraría en internet. Al saber qué sucedía después fui por papel al baño.

Me dijo que la única vez que había tenido sexo anal, le dolió a ella bastante, mientras que el tipo le encantó sobremanera. Entonces se decidió a no hacerlo más sino para complacer a alguien que de entrada, amara con todo su corazón. Que incluso, sentir que deseaba que se la cogieran por detrás sería un indicativo para ella de que estaba enamorada.

—Ahora te tienes que casar conmigo—se rió.

VIII

Sin embargo, cortamos un año después. Esta vez fui yo quien lo decidió. La razón por la que lo hice parecerá de lo más ridículo y absurdo. Fuimos a la Cineteca en un Día de Muertos. Cuando salimos de la película vimos que el cementerio de al lado estaba abierto, y había gente poniéndole flores a las tumbas. Se nos ocurrió entrar y caminar entre ellas. Nunca había entrado a un cementerio antes —nunca había vivido la muerte de algún ser querido. Sin embargo, al ver los nombres de las personas que antes estaban y ahora no fui, de pronto, sintiendo que estar vivo era una condición extremadamente rara. Toda la realidad a mi alrededor adquirió un sentido tan pronunciadamente enajenador que sentí por unos cuantos momentos que la única forma de vivir de verdad era suicidándome. Me estreché a Gabriela y ella, entendiéndolo quizás como un gesto de cariño, se estrechó a mí. Le dije que nos saliéramos. De ahí fuimos a tomar un chocolate caliente y unos churros. Ya se me había pasado aquella impresión en el cement-

erio y platicamos normal, hasta que, de pronto, su mirada me dio la extraña impresión que le faltaba algo. Pensé que aún estaba impresionado por lo del cementerio, y que no le tenía que dar mayor importancia. Sin embargo los días siguientes, esta impresión se hizo cada vez más fuerte. Después de analizarla, llegué a la conclusión de que lo que buscaba en un rostro era la misma especie de seguridad que siente alguien que en un avión se persigna antes del despegue. No podía creer que estaba pensando en algo así, pero no lo podía desechar de mí. Y menos pude creer cuando corté con Gabriela. Se enojó mucho. Me dijo que sólo había estado jugando con ella y que no quería volver a verme nunca más. Me dolió haberla cortado, dado que todo se nos daba tan bien. Pero lo peor era que me sentía extremadamente estúpido al pensar que lo hice por lo que parecía una auténtica jalada mental. Sin embargo, después de unos meses me emocionaba pensar en conocer finalmente a esa mujer que, más que solo imaginar, estaba en realidad amando ya, y que me haría sentir un amor superior.

IX

Me gusta ver cómo la gente es devoto de la virgen de Guadalupe. Y más aún, cuando lo veo sé que lo que yo estoy haciendo tiene sentido, porque del comportamiento religioso estoy adoptando esa fidelidad de querencia trascendental que la gente claramente expresa en sus comportamientos, ya sea al poner la imagen de la Virgen en alguna tienda o yendo de rodillas a la basílica. Sólo que yo tengo la ventaja de que lo puedo dirigir hacia una mujer de verdad: su mirada sería para mí como la virgen en realidad no puede mirar a nadie, porque no existe de verdad. Y aunque desde luego no podría cuidarme en el sentido que los creyentes ya viven, es cuestión de tiempo para que, como

la Virgen a Juan Diego, *ella* aparezca para mí. Sé que por no “creer” no puedo realmente *vivir* hasta el día de la muerte, la certeza de una “mejor vida”. Pero por lo menos mi futura esposa sí me podrá hacer sentir que si muero de repente, al menos morí habiéndola conocido. Y esa sensación será un “cielo” de verdad.

X

Cuando pienso en *ella* que no he conocido, siento dentro de mí ya esa “mejor vida” que sería estar con ella. Esta certeza anímica es, genéricamente, lo que se llama “Dios”. Lo único que quiero dar a entender con todo esto es que como Dios no existe físicamente (sólo es un fenómeno de percepción) no hay freno mental para el sentimiento amoroso, humano. Este sigue hacia lo grande. Me parece que ni el ateo ni el creyente se dan cuenta de esta gran oportunidad para la creación anímica, y sin Gabriela lo más seguro es que hubiera seguido yo en ese debate sin sentido. Sin embargo, en mi caso, este advertimiento ha sido, en cierto punto, algo desastroso para mi vida. No la tengo aún, y no sé si algún día incluso aparecerá. Tengo albergado en mí un amor inmenso, grande, sin límites, por *ella* pero aún no puedo dárselo, y esto me pone triste, inmensamente, grandemente, sin límites. A veces quisiera no haber conocido a Gabriela para que no haya sucedido esto; de seguir en la mediocridad existencial de creer-no creer, cuando es más bien un asunto de potencia amorosa, bellamente humana.

XI

Se me ocurrió escribir cuentos donde, a través de tramas particulares, modelé, ese “ser más profundo” como ápice de una relación amorosa. Una idea que pensé el otro día es un cura y una monja que se enamoraron dentro de

un convento. Pero más que reproducir el tema cliché de que tengan relaciones dentro del espacio cristiano, más bien decidirían salirse del convento y llevar una vida normal, al darse cuenta, por medio de su amor, que el amor a Dios, es una estupidez. Y sin embargo, su conocimiento de ese Amor, los hace no tener problemas maritales. Es decir, ante su amor, que es grande, pelearse sería una estupidez mayor, dado que ellos, a diferencia de Dios, *sí* existen. Otra idea que tengo es la de dos actores que se enamoran en la vida real de la historia de amor que representan en una obra. Pero lo que le falta a esta idea es pensar cómo tendría que ser ese amor de la obra para que modifique para siempre lo que hubiera sido la relación dada entre ambos, es decir, un amor tan, no sé qué, que siempre los remita al mismo.

XII

Sigo en shock de lo que pasó hoy. Pero un shock tan extático que estoy como desmayadamente contento. Estaba en la cola en el Jarocho por metro Quevedo cuando de pronto, la persona del frente se retiró con su café recién despachado. Era Gabriela. Pero, apenas nos vimos, se le cayó el café al suelo, y se mantuvo paralizada mirándome. Me acerqué a ella, pero en eso, con la mirada en el piso se salió del lugar. Vi que todos me miraban y yo los miré confundido un instante. Pero enseguida salí tras ella. Había pasado ya ambas liberarías de viejo, por lo que corrí hasta alcanzarla. Le toqué el hombro y cuando volteó su cara estaba anegada de lágrimas.

—Gabriela, ¿qué te pasó?, ¿estás bien?—le pregunté.

Entre el llanto, que parecía ahogarla, de pronto, empezó a sonreír. Confundido, sólo la miré. Se acercó a mí, cerró sus ojos y acercó sus labios hasta casi tocar los míos. Su cercanía me

empezó a llenar de deseo, pero, la expresión de su cara, suspendida en una sonrisa de placer, me vació de todo salvo la atención de lo que hacía. Sin embargo, de pronto se separó y lloró más.

—¿Qué tienes?, Gabriela.

—A ti, te tengo a ti, ¡aún!—contestó.

—¿Cómo que a mí?

—¡Pues cómo más!, aquí, aquí—dijo, apuntándose el pecho. —Como si tú lo hicieras latir como late solo.

Estaba sin palabras. Se veía extremadamente hermosa, como nunca.

—Dame un beso nada más, te lo suplico, ¿sí?, aunque tengas novia o estés casado, uno sólo nada más. Hazlo por lo que más quieras. Y luego vete, por favor, por favor, Roberto.

Estaba paralizado mientras ella sólo sollozaba. Unos minutos después logré poder decir algo.

—No me gustaría irme Gabriela. ¿Me dejas invitarte un café?, total, ya estábamos allá.

—¿Un café?

—Sí. ¿Quieres uno?

—Sí.

—Vamos.

—Pero al de la Fonda, me da pena regresar al Jarocho.

—Ok.

Nos sentamos en una mesa cercana a la ventana que daba al parque. El ambiente era acogedor, entre el olor a libros. Su rostro estaba rojo y un poco hinchado. Parecía una niña ahí frente a mí, a tal grado que más que querer darle un beso sentí que debía ir a la zona infantil y buscarle un libro divertido que la animara. Estaba bastante intrigado por su comportamiento.

—¿Estás enamorado de mí?, pero si ni estuvimos tanto tiempo juntos.

—Estoy más que enamorado de ti. Y por

tu culpa. No sé por qué terminaste todo si nos iba tan bien.

—Tú me terminaste a mí primero, ¿recuerdas?

—Lo sé, y no sabes cuándo me arrepiento. Fue una estupidez. ¿Pero por qué lo hiciste tú? ¿Qué pasó?

Le conté lo del cementerio y el Día de Muertos.

—¿Es en serio? ¿Por qué no me lo dijiste?— dijo, pasmada.

—¿Por qué?

—¡Así he estado viviendo desde que me terminaste! Al principio sólo estaba indignada. Pensé que sólo te querías acostar conmigo y que por eso no valía la pena ya nada de ti. Pero después de un rato te extrañaba demasiado. No me lo podía explicar. El metro me deprimía porque nos recordaba ahí apretados entre la gente. La facultad me entristecía. Quise llamarte muchas veces pero pensaba que si me terminaste era porque no me querías y no quise molestarte. No sabía que en realidad te quería, y supe que tendría que tener un tiempcito de duelo. Pero nunca podía olvidarte. Todo lo contrario. Muchas veces soñaba contigo, y me levantaba deseándote como no tienes idea. Pero por las noches me encontraba en una soledad tan inmensa que no podía explicarme para qué tenemos la capacidad de sentir algo así. Y si nos afecta tanto, ¿no entendía por qué hacemos que significara siquiera para que nos afecte tanto! Sin embargo, lo significa, y no hay nada que se pueda hacer más que no hacer que le signifique a otra persona. ¿Mínimo, no? De todos modos no lograba designificar la desolación que me provocaste, fuerte. Pasaba el tiempo y nada. Pensé que ya no era asunto de voluntad, sino químico, y entonces fui a ver a un psiquiatra. Me dio pastillas. Pero lo que hice una noche fue tomármelas todas.

—¿Qué?, ¿te intentaste suicidar?, ¿y por mí?, ¿por qué!, ¿yo que Gabriela, no soy nada!

—Pues no Roberto. Eres todo. Pero ya seas tú u otro, el punto es que el extremo opuesto de sufrir es estar sumamente feliz. Pero hay eso que significa la muerte. Da lo mismo ser feliz contigo un momento o toda una vida, si la muerte te me va a quitar. Fue por tu muerte, no por ti vivo, que decidí matarme. ¿Qué cosa no?, ¿hablando de significados!

La miré nada más, estupefacto.

—Mi hermana me encontró en el baño. Llamaron a la ambulancia y se me pudo salvar.

Le dio un sorbo a su café. La miré. Nos miramos mirándonos, como antes.

—Ay Gabriela. No puede ser. ¿Y luego?

—Estoy en Arizona.

—¿Cómo que Arizona?

—Sí, en Tucson, hago un posgrado en la Universidad. Estoy aquí de vacaciones.

Mi corazón se desplomó. Mirándola, frágil y hermosa, estaba indeciblemente enamorado de ella.

—¿Por cuánto tiempo?

—Cuatro años más.

—¿Y vas a regresar?

—No sé. Si hay algo bueno por allá, me quedo.

—¿Cuándo te regresas a Arizona?

—Ya la próxima semana.

—Pero dices que aún me amas.

—Sí, Roberto.

—¿Cómo es eso?

Se rió.

—¿Por Arizona!

—¿Arizona?, ¿qué tiene Arizona?

—Como toda parte del mundo, todo. La Universidad está rodeada por montañas. Cuando vas a ellas, hay alzadas y bajadas llenas de saguaros. Estos son muy altos, y a veces siento ganas de ser uno de ellos. Trillado, pero

cierto. Es que tienes que verlos. Cómo están parados ahí y como tienen brazos *dan* la impresión de ser humanos, simplemente estando, imperturbables. Y luego tienen flores amarillas, bonitas. Los saguaros son increíbles. En los atardeceres las montañas se hacen moradas y detrás de ellas el sol resplandece dorado, entre tonos rosáceos y anaranjados. ¡Ah! Y el Gran Cañón es puro silencio y roca. Cuando lo vi por primera vez, un niño también lo hacía y lo escuché preguntar si era de verdad. Antes del Gran Cañón hay un pequeño poblado boscoso llamado Sedona, que está rodeado de montañas marrones. Míralas, ¿están impresionantes verdad? Tenemos que ir, tú y yo.

Me enseñó varias fotografías de su celular.

—Cuando fui a Sedona, me fascinaba sentirme frente a tales montañas que resaltaban tanto por su color. Me sentía más que feliz, realizada, procurada, creada. Me molesta tanto que inevitablemente me entristezca que no pueda estar sola toda mi vida, sólo estando en la vida, por las presiones sentimentales de estar con alguien, que no puedo más que compartir porque así somos los “humanos”. Pero si estoy contigo no quiero menos que sentirme frente a ti como frente a las montañas de Sedona. Aunque ámame con la fuerza maciza que las piedras no pueden darme. He salido con unos cuantos tipos ahí, pero me he dado cuenta que estás enraizada en mí más de lo que creía, porque incluso cuando se acuestan conmigo sólo tocan lo que en esos momentos siento que es tuyo. No es que piense en ti, durante, sino que desde hacerlo contigo, mi placer te acompaña. O sea, lo único que quiero darte a entender es que para amarte necesito de todo. Incluso más que *tú*. Y eso lo he logrado estando sola. Por ejemplo, después de la puesta del sol, las montañas a lo lejos se ponen negras. Las estrellas y las lunas empiezan a salir. Casi siem-

pre a esa hora voy al súper. Para llegar cruzo una colonia poco alumbrada, y bastante silenciosa. Sólo escucho mis pasos. Es cuando más me siento contigo Roberto. Todo es perfecto. Da lo mismo o no si estás a mi lado. Me extasía pensar que estás en mí. Y para poder sentir el amor en esa magnitud no sabes cuánto te agradezco que me hayas terminado. Pero ahora la pregunta es: ¿podrías estar así conmigo incluso estando conmigo?, porque me parece que si no, ahora que te lo he dicho todo, podría olvidarte...

Le dio un sorbo a su café. Yo al mío. Pensé un momento.

—¿Ser como dos saguaros parados de lado a lado?

Sonrió.

—Casi. Que nuestro amor sea como un saguaro, y que nosotros seamos sólo ese amor. El amor es parte del mundo Roberto, la emoción. Es el cañón de cada uno. La muerte no lo toca. Porque incluso está más allá de la vida. Me hace sentir lo que al niño, ¿es real?

—Dios al revés—pensé para mí, aunque en voz alta.

—Sí, pero no lo “creas”. Caerías en lo mismo. O bueno, místico de alguien que en realidad existe, ya que tú lo analizaste desde el punto de vista religioso. También puedes verlo así.

La miré, echándome a llorar.

—¡Qué vida más muerta hubiera llevado sin ti mi vida viva! ¡Y te intentaste suicidar mi saguarita!

—Ya pasó Roberto, ya pasó, y tuvo que pasar (irónicamente, estuve en coma, y desperté al tercer día). Ven—cerró los ojos y puso sus labios en forma de beso.

Eric M. Ávila Ponce de León
The University of Arizona

Comentario

El relato de Eric Ávila no debería leerse como una historia de amor adolescente de idas y venidas, sino como una profunda reflexión panteísta donde los actores principales existenciales, la Vida, el Amor y la Muerte, interactúan para conectar a los protagonistas en un debate teológico. La frescura de la prosa de Ávila, viva y poco artificiosa, contrasta con la introspección filosófica en un escenario tan cercano al lector que revela la cotidianeidad de sus argumentos. Sin alardes léxicos, Ávila ha sabido construir una historia cabal y estructurada, una lectura amena no apta para mentes estáticas.

María del Carmen Nicolás Alba
The University of Arizona